

Miguel de Unamuno



NUESTRO buen amigo y compañero de pluma el general Burguete, el que en la famosa huelga de 1917 dirigió las operaciones contra las huestes del cabecilla Llaneza, publicó en 1907 un libro titulado *La Ciencia del Valor*. Ya el título por sí es un hallazgo.

En un tan calificado intelectual como era el bizarro escritor Ricardo Burguete —y una de las más claras pruebas de su intelectualismo es el que abominara de él, como otros hemos al igual abominado—, esa expresión de «ciencia del valor» tiene muy otro sentido del que toma en el ánimo de sus lectores. Sabemos, por lo menos, de más de un bravucón de oficio que al leer eso se ha dicho: «¿Con que lo que yo cultivo es una ciencia?», y ha empezado a darse aires de intelectual intelectualismo.

Ya Sócrates se propuso, como problema, lo que nuestro audaz publicista marcial asentaba como definición. Sócrates se preguntaba, en efecto, si la virtud es o no ciencia, y es sabido que para los griegos y romanos virtud y valor eran una sola y misma cosa. Hoy ya no es así.

Pero el que haya una ciencia del valor no supone, ni mucho menos, y en esto estará conforme con nosotros, de seguro, el ciudadano Burguete, que todo valor sea científico. Como no toda ciencia es valerosa. Hay valientes sin pizca de ciencia, como hay científicos sin pizca de valor.

Aunque, realmente, ¿cabe valor, verdadero valor, valor valedero, sin alguna ciencia? Creemos que no. El valor sin ciencia alguna no es más que temeridad, acaso brutalidad, y en todo caso cobardía. Hay quien avanza a la muerte por cobardía, huyendo hacia adelante, como hay quien se mata por miedo a morir.

No, no cabe valor, verdadero valor, sin alguna ciencia, por imperfecta que ésta sea y en esto está, sin duda, conforme con nosotros el inspirado guerrero y bizarro publicista Burguete. Y como la ciencia no es más —ni menos— que el conocimiento de la verdad, no cabe verdadero valor sin algún conocimiento

de la verdad. De donde se deduce que el tratar de ocultar el conocimiento de la verdad, y mucho más al desfigurarla, falsificarla o negarla a sabiendas, esa industria es el acto supremo de la cobardía. La clandestinidad es el azar de la cobardía.

Acaso algún presunto científico del valor, no nuestro buen amigo y compañero de pluma el general Burguete —de esto estamos seguros—, nos diga que siendo en la guerra lícito engañar al enemigo y hasta el perjurio y faltar a la palabra si es contra ese enemigo, es lícito también en estado de guerra civil jurar por el honor en falso —o sea jurar en falso por el honor— si con ello se salva la causa del orden, el principio de autoridad y el prestigio del instituto.

Al citado libro *La Ciencia del Valor*, que lleva como subtítulo *Psicología de la guerra*, le puso su autor como lema el viejo aforismo latino de *audaces fortuna invat*: la fortuna ayuda a los atrevidos. Pero nunca se dijo: *mendaces fortuna invat*, la fortuna ayuda a los embusteros. Es inútil, pues, que los dictadores

pretendan defenderse con embustes, azuza de pábulas trapaceros. Ni hay nada peor que un pica pleitos, por grandes que sus pleitos sean y por grande que sea su manera de picar en ellos con minutas; no hay nada peor que un pica pleitos convertido en caudillo de la clandestinidad y de la mendacidad organizadas. Falseando testimonios, ocultando verdades, desfigurando otras se puede ganar algún pleito si se sabe, a la vez, *influir* en el tribunal, pero no se gana así ninguna batalla política ni social.

Si ese vesánico de la energía teatral, que es el dictador, si ese impío que se reconforta pensando que de aquí a cien años todos estaremos calvos, cree que el amparar el régimen no ya de clandestinidad, sino de mentira, es el modo de dar la batalla a la anarquía es porque no tiene la menor noción de la ciencia del valor.

cosa que la organización del miedo a la verdad, de la suprema cobardía. Pero hay un Supremo Tribunal ante el que nada pueden los falsos testimonios disciplinarios —es decir, los testimonios falseados disciplinariamente— y ese Supremo Tribunal es el del pueblo en la historia. Y más tarde o más pronto el pueblo entrará en la historia, en la publicidad, que es la civilidad.

Toda esta política de hipócrita represión, de despotismo, se apoya en el miedo a la verdad. Y la verdad les disipará, como humo de leña que se lleva el viento, a todos ellos.

El Gobierno actual,

, no representa otra

Miguel de Unamuno

